

Homenaje al doctor Mariano Ruiz Funes



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

SERIE

EL DERECHO Y

34

SUS MAESTROS

NÚMERO

Homenaje al doctor Mariano Ruiz Funes



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2008

COLECCIÓN LECTURAS JURÍDICAS

Serie El Derecho y sus Maestros
Número 34

Primera edición: 2008
© D.R. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

FACULTAD DE DERECHO

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

ISBN (Serie Lecturas Jurídicas): 970-32-0148-2
ISBN (núm. 34): 970-32-41.....???

Impreso y hecho en México

Homenaje al doctor Mariano Ruiz Funes

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN*

Este acto de homenaje y agradecimiento, tiene ese doble significado, es un acto de justicia en la casa que es cuna de los estudios jurídicos en México. La Facultad de Derecho, como toda la Universidad Nacional Autónoma de México, realiza una labor que trasciende el tiempo y las fronteras; se trata de una misión que congrega mujeres y hombres de diversos rincones del mundo, con formaciones intelectuales diferentes pero unidos en el deseo de buscar la verdad y poner su saber al servicio de la sociedad.

Hoy, que la comunidad académica de la Facultad de Derecho podrá disfrutar del acervo bibliográfico de don Mariano Ruiz Funes, se renueva ese ciclo histórico que permite al conocimiento transitar entre generaciones para seguir prestando su servicio. Los libros del doctor Ruiz Funes sirven a los estudiantes hoy, de la misma manera en que sus cátedras sirvieron a los de ayer.

Queremos hacer patente el agradecimiento de la Facultad de Derecho a la familia de don Mariano, esta donación. Nuestro afecto y reconocimiento ven en este acto generoso una prolongación de la vida de Ruiz Funes, un encuentro entre los temas que lo apasionaron y las nuevas generaciones que se forman como juristas en torno a su sombra luminosa.

Al pensar en el penalista, el político, el hombre de honor y en el profesor universitario, es ineludible recordar a otro Funes, el memorioso de Jorge Luis Borges; el hombre atormentado porque no puede olvidar nada y todo impregna su memoria sin pasibilidad de borrar

* Ceremonia realizada el 26 de septiembre de 2007 en el aula magna Jacinto Palares.

las banalidades y los malos momentos que todos los seres para poder seguir viviendo.

Mariano Ruiz Funes es otra manera de ser del personaje borgiano; un hombre que nunca olvidó, pero para el que el recuerdo no sólo era fuente de dolor sino de esperanza en un futuro mejor para el mundo; Ruiz Funes, desde su cátedra, siempre se pronunció en favor de la humanidad, de sus valores, de la libertad y de la justicia como fines primordiales del Estado y del derecho.

Fue un hombre hecho a la altura de las circunstancias que supo dar valor y trascendencia a su trabajo, que convirtió la cátedra en un foro desde el cual habría de inspirar en sus alumnos el amor por la libertad y la justicia; únicos valores sobre los que se puede construir la vida civilizada.

Recibir una biblioteca, acogerla y abrirla es también recibir parte del hombre que fuera su propietario, se trata de un acto con profundo sentido espiritual y humano. Muchos hombres de la generación de Ruiz Funes lo perdieron todo por ser juzgados simplemente por el contenido de sus bibliotecas que, para los enemigos de la inteligencia, eran prueba y denuncia suficientes. Los más terribles actos de barbarie en la historia humana han tenido su culminación en la quema de libros y bibliotecas. Hoy, que los libros de don Mariano tienen un nuevo hogar permanente, conjuramos la barbarie y la ignorancia.

Querida familia del maestro Ruiz Funes, reciba el agradecimiento de ésta que fue la casa de don Mariano Ruiz Funes; con él el reconocimiento de esta comunidad académica que recibe estos libros como una lección más de quien fue y sigue siendo uno de sus maestros más apreciados.

Muchas gracias.

Homenaje a Mariano Ruiz Funes García*

RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Un verdadero académico conjunta muchas experiencias y vivencias, diría yo existencias, que con armonía lo distinguen. Un verdadero jurista, criminólogo, académico, revela en sus libros, conferencias y clases un cúmulo de cosas que juntas le dan la distinción universitaria, distinción que es una categoría del espíritu modelado por la cultura y el conocimiento. Del eminente murciano Mariano Ruiz Funes García yo rememoro esta tarde aquéllas cosas que han dejado en mí la impronta de la revelación.

Lo veo, lo evoco, envuelto en un torbellino de elocuencia. La pasión lo crispaba. Era yo apenas un estudiante de secundaria y la República Española había sucumbido. Mi padre, dolido en su esencia intelectual y moral, hijo de español, licenciado y doctorado en la Universidad Central de Madrid, casado con española, que fue mi madre, decidí ayudar a sus familiares políticos, condiscípulos, maestros, lacerados por el dictador Franco, para que vinieran a México. En mi casa, por ejemplo, recibíamos periódicamente cartas de mi tío José Rivas Penedas. En el sobre, en la parte superior izquierda, se leía en temblorosa caligrafía y ordenado por el poder omnímodo de la dictadura: “¡Viva Franco, caudillo de España por la gracia de Dios!”. Y con mi tío, herido de muerte en su cuerpo, un día llegaron a Veracruz varios refugiados españoles con el peso a cuestras de la trágica guerra civil española. Del barco Niaza descendieron por las escalerillas el poeta José Rivas Penedas e Indalecio Prieto, ministro que fuera de Hacienda en el gobierno de Niceto Alcalá Zamora. Mi tío José y su hermano Humberto, lo digo con orgullo esta tarde memorable, se forjaron en el ultraísmo y en las armas de las letras con Ramón Gómez de la Serna, Gerardo Diego y Jorge Luis Borges, entre otros, incluido Raúl Carrancá y Trujillo, de fino, finísimo talento literario. Y a esas lides literarias, señorial, austero, apasionado, no era ajeno Mariano Ruiz Funes.

Lo escuché, gracias a mi padre y siendo yo aun muy joven, junto a Luis Jiménez de Asúa, Rafael Altamira y Crevea, Antonio Sacristán Colás, Mariano Jiménez Huerta y una pléyade de eminentes refugiados españoles que huyendo del franquismo hallaron en México, gracias al general Lázaro Cárdenas del Río, acogida generosa. Testimonio de esa epopeya es la placa conmemorativa en una de los muros de entrada a nuestra facultad, y que reza así:

*En homenaje a los maestros españoles que nos trajo, el mar hace
cincuenta años envueltos en su brisa de libertad
UNAM Facultad de Derecho octubre de 1989.*

La fuerza de su elocuencia era embelesadora, se lo llevaba uno con él. Gravita aun en el espacio de mis recuerdos un fantástico discurso suyo en el que increpaba a Franco, creo que lo pronunció en el Ate-neo Español o en la Academia Mexicana de Ciencias Penales. Entre el auditorio estaban mis padres y, si la memoria no me falla, una de las “obras de arte” de Ruiz Funes, su bellísima hija Manola aquí presente. Qué conmoción causó al citar la frase vergonzosa (uno de los lemas ominosos de Franco) con la que ha pasado tristemente a la historia el general José Millán Astray: “Mueran los intelectuales, muera la inteligencia”; frase que contrapuso a la feroz y certera afirmación de Miguel de Unamuno: “Si llegan a triunfar, España, este país desdichado, se va a tornar el país de los imbéciles”. Y concluyó con una metáfora sorprendente, altiva, maravillosa: “¡Mis palabras las estampo en el rostro de Franco con la fuerza de una bofetada!”. Y triunfaron, a la sombra del nazi fascismo y de los intereses oblicuos de los norteamericanos. Hoy España es otra cosa. Hay un rey, un presidente del gobierno, unas cortes. Es una monarquía constitucional que se abre paso en el camino de las grandes naciones de Europa. Lo que pedimos quienes llevamos parte de su sangre en nuestras venas es que no traicione su herencia ancestral. Tal vez Europa no termine en los pirineos, pero España sigue mirando al África, conforme a las sabias palabras de Ángel Ganivet en su *Idearium español*. España, recordando a Antonio Machado: “tiene el alma de nardo del árabe español”.

Cómo evocaba esta España Mariano Ruiz Funes, su España. La hidalguía y el señorío de su palabra, en el sentir y en el pensar, cautivaron mi espíritu hasta el grado de no olvidarlos jamás. Y esa es la

gran enseñanza que recibimos de él: la de la palabra al servicio del pensamiento, de la pasión, de la verdad, de la justicia.

Pero todo lo que recuerdo ahora estuvo preparándose en el matrás de su prodigiosa inteligencia y cultura. Se apasionó, por ejemplo, con la criminalidad y las secreciones internas (endocrinología criminal), esfuerzo que le valió la concesión del famoso premio Lombroso en 1927, otorgado por el Archivo de Antropología Criminal de Italia. Yo lo relaciono por asociación de ideas con Jean Rostand, el gran biólogo y escritor francés, hijo de Edmond Rostand el autor de *Cyrano de Bergerac*, y de la poetisa Rosamonde Gérard, que en un libro precioso intitulado *El hombre y la vida* ha escrito lo siguiente: “es necesario que la sociedad sepa que cuando cree castigar a un hombre no castiga nunca sino a un huevo o a unas circunstancias”; y después: “no somos sino el lugar donde dos herencias se agitan”. Y lo relaciono también con el médico Gregorio Marañón en su magistral *Tiberio, historia de un resentimiento*, donde el formidable escritor del 98 y endocrinólogo afirma que, aparte del código genético heredado, lo que al final de cuentas determina nuestro paso por la vida es el medio ambiente que nos rodea.

Siempre he pensado que el jurista, el criminólogo, y a mi juicio no se puede ser criminólogo sin ser jurista, debe participar en la política; habida cuenta de que hay muchas formas o maneras de hacerlo. Se trata de un compromiso social, por eso él escribió un libro admirable sobre los delitos mal llamados políticos y en concreto acerca del terrorismo, porque especialmente el derecho y la criminología se prestan para ese compromiso social. Fue diputado a las Cortes Constituyentes Republicanas, con Manuel Azaña se le encomendó la cartera de Agricultura y con Francisco Largo Caballero la de Justicia (el propio José Antonio Primo de Rivera lo propuso como ministro de agricultura, lo que obviamente rechazó). También prestó sus servicios a la República en calidad de diplomático.

Y hay algo que a mí me llama poderosamente la atención. En el año de 1950 participó en París en el II Congreso Internacional de Criminología, donde en una excepcional ponencia sostuvo que el fin de la criminología, y yo añadiría que en mucha parte del derecho penal, es comprender el delito, y obviamente al delincuente, para reducir sus efectos nocivos o evitarlos. Comprensión más que disección del ente jurídico llamado delito. Tesis que en la actualidad cobra especial relevancia,

ya que la manía imperante de subdivisiones cargadas de subdivisiones atomiza aquella comprensión volviéndola una entidad deshumanizada, ajena al hombre. Seguramente el siglo XXI se empeñará en escudriñar en la idea generosa y sabia de Ruiz Funes, pues la comprensión del delito es parte de la comprensión de lo humano. “Hombre soy, y nada humano me es ajeno”, afirmó sabiamente Publio Terencio.

El maestro Ruiz Funes muere en México en el año de 1952, hace 55 años, los que yo llevo de ser profesor en esta universidad; universidad donde impartió, hasta su desaparición sólo física, la cátedra de criminología en el doctorado en derecho o división de postgrado. Fue verbo, como ya lo dije, encendido y volcánico. Sobre la lava, otra ardiente de su palabra, se han edificado nuevos y diversos edificios intelectuales, científicos, morales. Valga la reflexión de que nosotros en la universidad estamos asentados en lava ya petrificada, pero que conserva la luminosidad de la antorcha encendida. Eso hemos sido, somos y seremos; ocupando en la actualidad un sitio de privilegio entre las mejores universidades del mundo, y con el honor de ser, desde luego, la mejor en iberoamérica gracias a los esfuerzos del magnífico señor rector Juan Ramón de la Fuente. Y añadido que en los días por los que transita nuestra máxima casa de estudios, para elegir a uno nuevo, la enseñanza y las virtudes de un Mariano Ruiz Funes son guía, estímulo, promesa, de llegar a puerto seguro. Requerimos un capitán humanista, con sentido jurídico de su misión y miembro ilustre de la raza por la que habla el espíritu; particularmente en el México actual, convulso y en gran medida extraviado, que en lo mejor que tiene reclama el apoyo de la conciencia y de la inteligencia universitarias.

Yo recuerdo a san Juan, y me complace citarlo ahora, quien dijo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios... Todas las cosas por él fueron hechas (por el Verbo... En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”.

Marino Ruiz Funes fue depositario, como pocos, de la porción humana que del verbo nos corresponde. Orador incomparable, maestro de excepción, escritor, jurista, criminólogo. No me cabe la menor duda de que participó y participa de Dios, e hizo cosas memorables, grandiosas. Fue la luz de sus discípulos, de quienes lo conocieron y escucharon. Y sigue siendo la luz de quienes lo evocamos y aprendemos de su ejemplo, de su obra, de su vida terrena.

Acto por la donación de la biblioteca de Mariano Ruiz Funes Palabras de agradecimiento

MARIANO DEL CUETO RUIZ-FUNES*

Doctor Fernando Serrano, director de la Facultad de Derecho de la UNAM.

Licenciada Margarita Guerra, directora del Seminario de Derecho Procesal.

Compañeros del *presidium*; señoras y señores:

Pido a ustedes disculpen el tono familiar de lo que voy a decir.
Gracias.

Las hijas de Mariano Ruiz Funes decidieron que fuera Manola quien representara a la familia en este acto, con unas palabras de agradecimiento para esta facultad por la entusiasta acogida que su director brindó a la iniciativa de donar a esta los libros de la biblioteca familiar que tratan de derecho y disciplinas afines.

Cuando ella me dijo que quería delegar en mí tal honor, me sentí profundamente conmovido y acepté gustoso.

Lamento que no se cumpla mi ilusión de oír a mi madre decir en público alguna de las tantas cosas interesantes que por años nos ha contado en nuestras largas y estimulantes conversaciones sobre el abuelo. El tema nos apasiona y nos deja siempre gratas, aunque tristes sensaciones, así que volvemos a él siempre que podemos, cosa que afortunadamente sucede con frecuencia.

Aunque sé que ocupó el lugar de mi madre y de otras personas con mayores merecimientos para hacerlo, permítanme que les diga algunas palabras sobre este murciano universal y su biblioteca, parte

* En representación de la familia de Mariano Ruiz Funes.

de la cual quedará en adelante albergada por esta noble institución tan ligada a su memoria.

Digo que me hubiera gustado oír a mi madre hablar del abuelo, y particularmente de sus libros porque además del inmenso cariño con que nos ha transmitido su recuerdo, ella ha podido meterializar su devoción por él en encuadernaciones magníficas de casi todas las obras que escribió y de muchas que para él tenían especial significado.

Gracias al talento que mi madre tiene para esta hermosa y complicada artesanía, además del disfrute que depara la lectura de su elegantísima prosa, los libros de Ruiz Funes, transformados por la magia de las manos de Manola en piezas de arte, nos dejan, merced al placer sensorial que nos producen, una riquísima vivencia.

Esta doble comunión con la obra del padre, leyendo y encuadernando, ha sido para ella la manera de tenerlo presente, de seguir a su lado. Esto ha sido así por haber alojado nuestra casa el copioso acervo bibliográfico al morir la abuela, Carmen Montesinos, la entrañable compañera del jurista, sin cuya presencia afectuosa y solidaria, no se entendería al gran hombre

Se instalaron los libros, con todo y libreros, en la habitación que ha sido despacho y laboratorio de mi padre, químico de profesión, creando en el recinto una atmósfera cargada de sensaciones positivas que mis hermanos y yo disfrutamos por años, en la que se sentía la presencia en espíritu del abuelo.

Estos libros que vinieron a parar a nuestra casa son los que formaron la segunda biblioteca, ya que la primera, la que tenía en su casa de la calle de la trapería en Murcia, fue incautada, lo mismo que el resto de sus propiedades al final de la guerra civil española.

En el artículo “Técnicas del deshonor” publicado en la revista cubana *Bohemia* nos dice:

El acoso no se ha circunscrito a la práctica en el exterior de las técnicas del deshonor. Dentro de la patria se nos ha aplicado una forma especial del olvido, borrando nuestros nombres incluso de las publicaciones propias, que han seguido circulando como anónimas... se han confiscado nuestros bienes para cubrir multas astronómicas, pronunciadas por tribunales políticos...

Mi abuelo perdió entonces todos los libros que a lo largo de su vida

—en 1940 tenía 51 años— había ido reuniendo, amén del buen número de ellos que su padre, hombre de gran cultura, le había legado.

De esta biblioteca perdida no volvió a saber, puedo imaginar el terrible dolor que ello le produjo. Hace pocos años, gracias a las pesquisas y gestiones de su hija Concha, se supo que ese valioso acervo de casi seis mil volúmenes no había sido desperdigado ni destruido y era el fondo fundacional del Archivo General de la Región de Murcia.

Allí fueron las hermanas, invitadas por el director, quién les dejó amablemente pasar una mañana entre aquellos libros que tanto había amado su padre. Creo que no olvidarán la intensidad de los momentos vividos al tener en las manos aquellos ejemplares, muchos con cariñosas dedicatorias de los grandes escritores contemporáneos de Ruiz Funes.

Se habló de que podrían conservar aquel tesoro, pero no quisieron las hermanas recuperarlo para ellas, por infinidad de motivos que no es del caso desentrañar en este momento. Decidieron entonces hacer una donación —simbólica, claro— al mencionado archivo, que respondió al noble gesto organizando una exposición sobre la vida y la obra de Mariano Ruiz Funes, complementada por la publicación de tres libros y varias conferencias y mesas redondas, en una de las cuales fuimos honrados con la participación del doctor Fernando Serrano, a quién en este momento quiero hacer patente nuestra gratitud, la de todos los Ruiz-Funes, por las conmovedoras palabras que pronunció en la ocasión.

A raíz de esta toma de contacto con la Murcia revitalizada de hoy, de estrechar preteridas relaciones familiares, de sentir que había un ambiente propicio, surgió la posibilidad, al calor de las expresiones emotivas generadas por el homenaje, de que los libros de la biblioteca mexicana del murciano ilustre fueran a completar el fondo del archivo.

Entonces mi madre, con pesadumbre, se dio cuenta que los queridos libros que le hacían presente al padre habrían de abandonar el hogar; con cada uno de ellos se iría una historia, que desde 1939 en Bruselas y La Panne, en 1940 en La Habana y a partir del 41 en la ciudad de México comenzó a formar parte de una historia mayor, la de la reconstrucción de su biblioteca en el exilio, prácticamente con libros obsequiados por sus autores. Sólo leyendo los cientos de dedicatorias cargadas de afecto y admiración se puede hacer uno cabal idea de cuán querido era aquel hombre extraordinario

Fue ante todo mi abuelo un hombre de ciencia, penalista, que investigó sobre esta disciplina con penetración e inteligencia excepcionales, que escribió libros que por lo que dicen de ellos quienes saben de la materia, lo convierten en uno de los autores de esta rama del derecho más importantes del siglo xx.

La cátedra universitaria fue desde joven una actividad primordial en su vida. Universitario comprometido con los altos ideales encarnados en esta entendió la universidad como un hogar de cultura, en el que inmersos en ella, los estudiantes se prepararan para cualquier disciplina específica con una visión universal del conocimiento

Comenzó muy joven a impartir la de derecho penal en la Universidad de Murcia y poco antes de morir todavía reunió en su casa a sus alumnos de doctorado de la Universidad Autónoma de México para impartir su última lección, en julio de 1953.

Era un gran escritor, y como tal, un gran lector, que además de la literatura de su especialidad profesional, disfrutaba la de lengua española y sobre todo la francesa, que era su gran pasión.

Para él, fue la lectura la actividad más placentera, pues era un hombre de natural sedentario.

Sin embargo, no renunció este espíritu apacible, cuando las circunstancias se lo exigieron, a tomar parte en la vida política del país. Militó en partidos republicanos en los últimos años de la monarquía y con el advenimiento de la República comenzó a ocupar puestos de responsabilidad, desde diputado a Cortes Constituyentes en el 31 hasta ministro de agricultura en el 36, antes de la guerra. Son célebres sus intervenciones en el congreso de los diputados, por su lucidez y su inteligencia, así como por la fina ironía de que hacía gala en ellas, lo que hizo decir a algún congresista conocedor de su apabullante cultura literaria francesa que era una navaja murciana afilada a orillas del Sena.

Al producirse el levantamiento militar que a la postre acabaría con aquella República, consideró que no era el hombre indicado para dirigir una guerra y declinó el ofrecimiento de hacerse cargo de la jefatura del gobierno que le hizo el presidente Azaña el dramático 19 de julio de 1936.

Aceptó, sin embargo, la titularidad en el ministerio de justicia. Él, abolicionista convencido, que había meditado por años sobre la pena y la venganza —un libro suyo, *Actualidad de la venganza*, es conside-

rado un clásico del tema— hubo de vivir la más amarga experiencia imaginable, cuando el desbordamiento de las peores inclinaciones humanas produjo un sinnúmero de fusilamientos, asesinatos y atrocidades de todo género.

Sin embargo hay testimonios de sus esfuerzos por evitar en lo posible esta situación. Al respecto escribió Alfonso Ayensa en *Criminalía*:

En las trágicas horas de la guerra civil, Ruiz-Funes tuvo el comportamiento digno y caballeroso propio de un gran patriota republicano y de un hombre de bien. Enjugó muchas lágrimas, evitó muchos sufrimientos, no sólo no añadió leña a la terrible hoguera sino que hizo cuanto pudo por disipar los odios.

En el desgarrador paso por este ministerio jamás utilizó su poder para favorecer algún interés, ni político ni de otra índole. Diría en algún artículo años después, con su fino sentido del humor: “... a la justicia como a la madre le estorba el adjetivo político.”

En el último año de la guerra hubo de librar en las embajadas la batalla diplomática a favor de su causa. Polonia y Bélgica fueron los escenarios. En el primero poco pudo hacer, el filonazismo del gobierno dirigido por Moscicki reconoció a su correligionario español y Ruiz-Funes hubo de abandonar Varsovia para trasladarse a Bruselas, donde los belgas, no sin dramáticas pugnas internas —el propio monarca, Leopoldo, no ocultaba su simpatía por el golpista Franco Bahamonde—, mantuvieron su reconocimiento al gobierno republicano hasta el final de la guerra, en parte debido a los buenos oficios del embajador español. Allí entregó, con parte de su alma, la representación de aquella admirable y malograda República, para iniciar la angustiosa aventura del exilio, que terminaría al morir en México 14 años después.

Mi abuelo sirvió a la política por un imperativo moral, tenía por suya la máxima de Kant que dice: “No quiero violar en mi persona la dignidad del género humano”, fiel a ella, en consecuencia no obtuvo de su ejercicio político una sola ventaja, antes al contrario, en lo material perdió cuanto poseía, si bien su espíritu conservó una ejemplar dignidad que admiró a cuantos lo conocieron y, en el plano afectivo, empezando por su familia, le llenó de cariño y estimación.

Cuando en el exilio, que llevó con decoro y serenidad ante las

estrecheces y la angustia, fue víctima de ataques e infundios, jamás perdió el temple. En el periódico *Novedades*, en donde hasta su muerte mantuvo su colaboración semanal, a raíz de un golpe bajo, lanzado por un antiguo aliado, dejó estas aleccionadoras palabras:

Ante las agresiones de un mundo hostil y ante la reiteración de sus estupideces crueles, recuerdo el concepto de Flaubert en Bouvard y Pecuchet, la novela sin terminar, porque es interminable, de la estulticia humana: “Lo cómico es el consuelo de la virtud, por lo demás, existe una manera elevada de descubrir la estupidez humana” a ello aspiro. En ese libro desencantado y sonriente que se llama el jardín de Epicuro, ha escrito Anatole France; “cuanto más pienso en la vida humana, más me persuado de que conviene darle por testigos la ironía y la piedad, como los egipcios invocaban a favor de sus muertos a la diosa Isis y a la diosa Neftys. La ironía y la piedad son dos buenas consejeras; la una, sonriendo, nos hace la vida amable; la otra, llorando, nos la hace sagrada. La ironía no se burla del amor ni de la belleza. Es dulce y bondadosa. Su risa calma la cólera y es ella la que nos enseña a mofarnos de los malos y de los imbéciles, a quienes, sin ella pudiéramos tener la debilidad de despreciar”...

Para terminar, quiero leer a ustedes extractos de un sentido artículo de la revista cubana *Carteles* escrito a la muerte de un querido colega cubano. Lo hago porque me parece que son conceptos que bien podrían aplicarse a él mismo.

... Tejera era un fiscal excepcional, un prestigio excepcional y un hombre excepcional, a pesar de su modesta reiteración en ocultarlo. Hacía bien en no decirlo él, pero tenemos el deber de proclamarlo los demás...

... Una amistad cordial, que no nació solamente de la afinidad de estudios, sino de la atracción y calidad del hombre consulto, se fue anudando entre nosotros. Y un día yo salté del mar del Norte al mar Caribe en un viaje forzado... Llegué a La Habana y, abracé a Diego Vicente Tejera en su casa del Vedado, investido de la alta categoría de magistrado del Tribunal Supremo de Cuba. Y en su gran biblioteca encontré un retrato mío donde yo sonreía. Ese retrato me reveló súbitamente un terrible secreto sentimental: que se me había olvidado sonreír desde que perdí la patria y vine en un barco de carga desde Amberes a Nueva York decidido a abordar la incierta aventura de rehacer mi vida...

...era el maestro de estos jueces letrados que cada día resolvían los difíciles conflictos humanos, que debe desenlazar la justicia, con sabiduría y con prudencia, virtudes señeras del jurisconsulto, según la vieja máxima.

Abierto y cordial, dando al variado espectáculo de la vida las luces de su talento, los frutos de su meditación o el obligado homenaje de su risa buena y generosa... era un gran amigo. Conocerlo y tratarlo constituía un placer, que por la inexorable y aleccionadora ley de los contrastes se aprecia mejor ahora que se le ha perdido.

Lejos de La Habana pienso en el hombre abierto, simpático y efusivo y me recuerdo de su magnífica biblioteca, donde pasaba varias horas diarias, abstraído del mundo, y una vez cumplida su misión de hacer justicia, generosamente empeñado en la alta tarea de explicarla, propagarla y mejorarla. En esa biblioteca, junto a cuantas obras implicaban una aportación importante a los estudios del derecho penal, había otros muchos libros, cuantos necesite el jurista que para cumplir bien su tarea debe estar saturado de humanidades.

De este modo la forma del derecho adquiere la vitalidad de una función. Diego Vicente Tejera fue un hombre ejemplar, dedicado a dar a todos la justicia. No cabe más alto destino. Su biblioteca está vacía y en silencio, como un taller donde el esfuerzo del trabajador que lo animaba ha sido interrumpido por la muerte...

La biblioteca de don Mariano quedó en silencio hace más de 50 años, mejor dicho, quedó sin el trabajador que la animaba, porque siempre ha seguido diciéndonos de su dueño tantas cosas...

Hoy que las ilusiones de sus hijas por tener en la familia un abogado que heredara tanta joya bibliográfica se han desvanecido del todo, cuando han decidido que estos libros que son él, salgan de casa, llevándose aquel espíritu que por años las ha acompañado, han pensado que, en lugar de ir a su entrañable tierra murciana a completar su presencia en el Archivo General, deben quedar en su tierra mexicana, como un acto de justicia, que simboliza cosas muy profundas que por años han meditado.

Así, el alma de don Mariano además de estar cerca de aquella huerta que lo llorara hace más de 50 años, estará también en este hermoso valle, en el que reposa desde entonces, cerca de sus hijas y nietos, en esta facultad que fue su casa.

Muchas gracias.

Homenaje al doctor Mariano Ruiz Funes, editado por la Facultad de Derecho, se terminó de imprimir en febrero de 2008, en los talleres de Estampa Artes Gráficas, S.A. de C.V. México, D. F. Para su composición se utilizaron tipos Baskerville. Los interiores se imprimieron en papel cultural de 90 grs. La edición estuvo al cuidado del Lic. Alberto J. Montero y consta de 1000 ejemplares.